

ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Lo Hispano-Luso en Camoens.....	3	Narciso Sánchez Morales.
Triptico a Guadalupe.....	17	María Rosa Vicente Olivás.
Llamas de capuchina.....	19	José Canal.
La Virgen de Guadalupe en los Autores Dramáticos.....	20	Teodoro Fernández.
Paisajes Extremeños: El Valle del Jerte.....	26	Francisco D. Silva.
El Mar en Antonio Machado.....	28	Marciano Breña Galán.
Cuatro Sonetos Cacerseños.....	35	José Devesa.
El Vicomagister.....	38	Arévalo.
No preguntes ¿por qué?.....	51	Eladía Montesino.
Enrique Segura Otaño.....	52	Valeriano Gutiérrez Macías.
Don Enrique.....	56	Francisco Lebrato Fuente.
Amanecer.....	58	Roberto Fernández Alcaez.
Una noche de mi pueblo.....	59	Manuel Rodrigo Asensio.
Arte.....	60	J. A. Oliver Marcos.
Los V coloquios históricos de Trujillo.....	52	
Crónica.....	64	J. A. Oliver Marcos.
Recensiones.....	68	José Canal, Valeriano Gutiérrez Macías, J. A. Oliver Marcos, y C. Callejo.
Noticia de Revistas.....	74	C. C. S.

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres (Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXXI

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE 1975

Núm. 180

Lo Hispano-Luso en Camoens

(Occidentalización ibérica)

Por Narciso SANCHEZ MORALES

Motivación.



OS finalidades me han movido a escribir este ensayo, dos motivaciones estrechamente ligadas entre sí, concatenadas, y que considero son de una actualidad transcendental para toda la Península Ibérica. Estas motivaciones son de índole transcendente. Por una parte asentar, bajo el prisma camoesino cómo se integran en Europa, España y Portugal, cual cabeza la una, y coronilla la otra, formando un todo orgánico que pudiera designarse con el mismo Camoens como «a nobre Espanha», y, por otra, cuál ha sido, es y seguirá siendo la gran misión y destino de la Península Ibérica: la occidentalización, eso que el resto de Europa debe adscribirse, si no quiere difuminarse y ser absorbida por las corrientes materialistas del comunismo y capitalismo. Hay que aceptar que Europa es un todo en fragmento, un cuerpo orgánico de naciones rabiosamente individualistas, inmersas, como las ciudades de la clásica Grecia en discordias y divergencias de lógicas guerras por la hegemonía, pero también abocadas a una general anficiónia para defender su existencia.

A los europeos de hoy, los modernos «graeculi», no nos queda más salida existencial que la de irradiar occidentalismo, y, en esa vocación misionera de occidentalización, modelos fueron, son y serán, España y Portugal.

Que nadie vea en mi trabajo la más mínima alusión a cuanto está sucediendo en la hermana Portugal. Ellos, los portugueses, en función de sus genes históricos, sabrán superar las dificultades de una crisis meramente temporal. Cuanto vamos a sostener pertenece a lo que pudiéramos llamar Metapolítica Peninsular, algo que está más allá de las gobernaciones peculiares de ambos pueblos, algo que les dio sentido no coronado por la praxis con nuestros juristas del Siglo de Oro.

Vamos a analizar las raíces y esencias del genio peninsular, sin tocar para nada las plasmaciones existenciales de la hora presente. Me interesa el meollo. Que luego la cáscara siga la ley de la vida: plegarse a la almendra para protegerla.

Prenotación.

No hablemos de adjetivo sin antes definir el sustantivo. Al tratar de lo hispano luso en Camoens, lógico es trazar unas pinceladas para presentar al genio. Su sangre, como veremos, corre en canales paralelos a caballo del Miño. Su patria será portuguesa, pero su nación será la Península Ibérica. Se escribe que naciera en Lisboa, mas nada existe en concreto. Sus padres funden sangre peninsular. Nace, como hemos dicho, en Lisboa, 1524, de padre gallego, —un hidalgo y capitán de navío, llamado Simao Vaz de Camoens, cuyo bisabuelo, Vasco Pérez de Camoens, ya se había distinguido como trovador galaico del medievo—, y de madre portuguesa, Ana de Saz Macedo. Poco o casi nada conocemos del agitado «currículum vitae» de este caballero armado de las letras que, «numa mão sempre a espada, e noutra pena», supo conquistarse, en los breves 56 años de su vida, la gloria de ser el más legítimo representante del Renacimiento peninsular, ya que, como bien escribe Ramalho Ortigão, «como político, como erudito, como literato, representa él el resultado de las influencias que determinaran la dirección mental y social de su tiempo». Estudia en la Universidad de Coimbra, recientemente transferida de Lisboa a esta ciudad, bajo la dirección y los auspicios de un tío suyo, D. Benito de Camoens, canónigo de la catedral. Vuelve a sus dieciocho años a la corte lisboeta y allí se inicia su agitada vida, un tanto quevedesca, entre amores y letras. Ya en el 1546

el rey D. Juan III hubo de desterrarle a Ribatejo, tal vez por las alusiones que en su «Auto del Rey Seleuco» hace a los amores de dicho D. Juan con Leonor de Austria, convertida luego en su madrastra, al casarse con su padre D. Manuel, o, lo que es más probable, por su pasión amorosa hacia la noble dama Catarina de Ataíde, la Natércia de sus versos. En 1547 embarca para Africa, en auxilio de las sitiadas tropas de Mazagão, donde pierde el ojo derecho. Vuelto a Lisboa en 1549, es encarcelado en 1552 por una refriega sostenida con un mozo de palacio en la procesión del Corpus de aquel año. Durante su tiempo de prisión surge y nace la idea de «Os Lusíadas», poema épico en el que fueron cantados y exaltados todos los hechos heroicos de los portugueses, tomando como acción clave el descubrimiento del camino marítimo que conducía a la India, idea tal vez tomada de la «I Década de João de Barros» y de la «Historia del descubrimiento y conquista de India», de Fernando Lopes de Castañeda.

Se embarca en 1553 en la nao «S. Benito», arribando en el mismo año a Goa. Allí permanece hasta 1558, escribiendo su Auto de Filodemo, la Sátira del Torneo y los Disparates de India, estos últimos manuscritos pura sátira de las costumbres de la época. Dos años, del 1558 al 1560, permanece en Macao como Proveedor Mayor, y allí, en su gruta, asistido de su esclavo Jau, da cima a «Os Lusíadas». Pronto es acusado de malversación de fondos y llamado a Goa para rendir cuentas. En este azaroso viaje naufraga en los bajíos de la desembocadura del Mecong, en Indochina, donde pierde a su moza a su moza china, pero logra salvar los preciosos manuscritos de su aun no del todo rematado poema. En 1567, conocida ya la muerte de su Natércia, emprende viaje de vuelta a la patria, haciendo escala en Mozambique, donde pobre arruinado vive de la caridad de los amigos, hasta que uno de ellos, Diego de Couto, se lo trae a Portugal, a donde llega en 1570. Presa de la peste, la melancolía y el aislamiento, que le acosan por doquier, así remata su poema «Os Lusíadas», dedicado al rey D. Sebastián.

Sale la 1.^a edición en 1572 y por todo consuelo recibe una pensión anual de 15.000 reis. Su vida se desmaya como la de su propia nación, que cae en manos españolas, por derecho y por necesidad. Pero Camoens, que tan grandiosamente hubiera concebido «a nobre Espanha», profetiza en su agonía en carta a Francisco de Almeida, que «morro com a patria»... «a verao todos que fui tan afeiçoado (adicto) a minha patria, que não sómente me contentei de morrer nela. mas com ela». Y así expira un 10 de Junio de 1580, el mismo año que Portugal se incorporaba a España. Fue sepultado en la igle

sia de Santa Ana, hoy demolida. El terremoto de 1755 esparció sus huesos por los campos lisboetas, hoy a buen resguardo en el Monasterio de los Jerónimos de Belén. Naturalmente que Camoens se sentía afectado de la desaparición de Portugal como reino, pero con idéntico sentimiento de pérdida de esta a manera de patria chica, cual lo habían sentido castellanos y aragoneses por la unión de los Reyes Católicos. Eran sentimientos de menor categoría, que en nada menoscababan el principal de ser hijos de la Península Ibérica, de «a nobre Espanha», de las Españas, como veremos más adelante.

Su producción literaria, a más de la obra maestra que comentamos, se complementa con las Rimas, obra lírica que muestra el equilibrio entre su rica sensibilidad y su inteligencia constructiva. Maneja a la perfección el eptasilabo, el soneto, la oda, la elegía y la égloga, es decir, el arte y estilo del Renacimiento. Se eleva de una fuerte sensualidad a una visión platónica y cristiana de la vida, su bordinando lo tangible a lo trascendente. No descuida tampoco la dramática y así admiramos sus Autos, como el «Filodemo Anfitrión y Auto del Rey Seleuco».

* * *

Primera motivación: lo hispano luso en Camoens.

Hay una definición geométrica que siempre me ha llamado poderosamente la atención y la he aplicado al campo de la filosofía de la historia; más aún, hasta a lo que pudiéramos llamar proyección del hombre hacia Dios como Alfa y Omega. Me explicaré: ¿Qué son dos rectas paralelas? Las que prolongándose, se encuentran en el infinito. Pues bien, si miramos las historias paralelas de España y Portugal, tal cual lo hace el ibero-luso Oliveira Martins en su «Historia de la Civilización Ibérica», llegamos a la conclusión de que España y Portugal se funden en una, la cifra única del enigma ibérico. El historiador luso prescinde de los hechos, de lo anecdótico, para adentrarse en la columna vertebral de nuestro ser ibérico. Para descifrar este enigma ibérico dedica Oliveira toda su primera parte a la geopolítica peninsular, su posición entre Europa y Africa, posición pendular que ha convertido a la Península en «campo de batalla, en el que vinieron a encontrarse las oleadas de pueblos que descendían de lo alto de Europa, y los que, desde Africa, se enamoraron del paraíso de Dios». Pero, por encima de estos imperativos históricos, que hacen de España plaza pública de iberos y celtas, roma-

nos y cartagineses, visigodos y árabes, Oliveíra decanta el genio peninsular, el que imprime carácter sustantivo a la raza. Lo que más resalta del estudio del pensador luso es su visión de la historia peninsular como vías paralelas que se encuentran en el infinito de un común idealismo. Cisneros y Colón, Vasco de Gama y Alburquerque



Luis Vaz de Camões, el inmortal poeta lusitano

que, Ignacio de Loyola y Trento, y, al final, un cantor único de la epopeya: Camoens. Según la opinión de este crítico es en Camoens donde se juntan estas dos rectas paralelas. Y, naturalmente, no puede ser más que en su obra «Os Lusíadas». — Yo quisiera que, a la vista la hermana Portugal, se profundizara en el estudio de estos pensadores y literatos lusos, tan ibéricos como nosotros, y que se sintieran de verdad los injertos brasileños y portugueses, allende y aquende el Océano Atlántico, dentro del árbol común de Iberoamé-

rica e Iberia, haciendo honor a aquellas palabras de nuestro gran Unamuno: «Un providencialista creería que el haber metido Dios en América una gran nación de habla portuguesa entre las naciones de habla española es para que un día se integre allí como aquí se integrará, el común espíritu ibérico, al que le están, aquende y allende el Océano, reservados tan grandes destinos». Y no pongamos reparo a la diferencia, más dialectal que lingüística, entre el portugués y el español, ya que, como decía Cervantes, el idioma portugués es el castellano sin huesos que, retruncándolo, cabría decir, que el castellano es el portugués osificado. ¿Por qué no pensar en una Facultad de Filología Lusa para nuestra Universidad Extremeña?

Pues bien, estas dos vías paralelas de Portugal y España, a pesar de nuestro aparente desvío de todo lo que sirvió de base a la epopeya lusa, se funden y superponen en el poema «Os Lusíadas», ya que una es la meta que se propone Camoens: la occidentalización cristiana al estilo ibérico; y una es la aglutinante de ambos pueblos, «a nobre Espanha».

Algún pudiera pensar que pecamos de idealismo, casi de quijotismo, —que es idealismo tintado de locura—, cuando enfocamos a «Os Lusíadas» como una manifestación del genio ibérico. Es Ramalho Ortigão el que nos coloca en este plano, al escribir que Camoens con su poema «se muestra como el genio mesiánico que había de ser la personificación peninsular del renacimiento en su síntesis religiosa, política, filosófica y artística». Palabras estas que no están muy distantes a las que escribiera Luis Moure-Mariño (ABC 13 6 74), al manifestarse sobre otro genio ibérico luso de los tiempos modernos, Joaquín Pedro de Oliveira Martins, el Herculano de nuestro buen Unamuno: «Españoles y portugueses son socios de la misma aventura: Colón cruza el Atlántico y Vasco de Gama va en busca de la salida del sol hacia el Indico; en el Oriente, el portugués Albuquerque llega hasta las lindes de la China, mientras Magallanes, —otro portugués que navega por cuenta de Castilla—, une las conquistas de Oriente con la de Occidente. Y, al final, un cantor único de la epopeya: Camoens, el portugués iluminado»— No hay que colocar en un mismo plano a Portugal y España, sino considerar a Portugal como un reino más, al estilo de León, Aragón y Castilla, de todos cuantos componen «a nobre Espanha». Ese es el enfoque que de los reinos peninsulares, como miembros vivos de España, hace Camoens en su «Os Lusíadas». Las rencillas de hermanos, descritas por el genio luso, surgen entre Castilla y Portugal, no entre España y Portugal. No hay una sola estancia en todos los diez cantos

del poema que acuse rivalidad peninsular, sino tan solo regional, tal cual ahora la sentimos los extremeños, al menos algunos extremeños, ante el trato de desigualdad que recibimos en relación con otras regiones españolas.

Así habla Camoens del «Castellano tao temido» (Canto I Estancia XXV) del «grande e raro castellano» frente al «galego cauto» (C. III. Est. XIX), de «o soberbo castelhana» (C. III. Est. XXXIV). Habla del reino castellano como igualmente lo hace de los reinos taifas moros, siendo de destacar que sólo allende y aquende esa línea que separa cristianismo de mahometismo concibe a las dos Españas: la mora y la cristiana. Así surge su expresión especificadora entre castellanos y portugueses, hermanos menores en esa otra común confronta peninsular entre lo cristiano y lo mauritano:

«Este sempre as *soberbas castelhanas*
co'o peito desprezou firme e sereno
porque não é das *forzas lusitanas*
temer poder maior, por mais pequeno;
Mas, porém, quando as *gentes mauritanas*
a possuir o hespérico terreno,
entraram pelas terras de Castela,
foi o soberbo Afonso a socorrer-la.»

(C. III. Est. XCIX)

Se refiere a Alfonso IV de Portugal, cuya hija María estaba casada con Alfonso XI de Castilla, y a quien aquel socorre en la batalla del Salado, borrando hermanalmente las querellas familiares y regionales. Es Hesperia, España, a la que hay que salvar de las huestes mauritanas y, ante eso, se funde lo lusitano y castellano. La «fermosísima María» acude llorando al padre, cuando ve que «o grao rei de Marroco, gente fera e estranha conduziu, para vir possuir a *nobre Espanha*» (C. III. Est. XCIX y CII).

Ya se había producido Camoens en tal universalismo peninsular cuando escribiera en su canto I, Estancia XXXI:

«Ouvido tinha aos fados que viria
una gente fortíssima de Espanha
pelo mar alto, a qual sujeitaria,
da India tudo quanto Dóris banha..»

Y el nombre de España, en su concepto extensivo, vuelve a resonar en los Cantos IV, VI, VII y VIII. Es en el cuarto, y precisamente

tras haber descrito las derrotas de los castellanos en Aljubarrota y Valverde, cuando, saltando las victoriosas tropas lusas a Marruecos en tiempos de Juan I, vuelve a mencionarse a España como Patria de castellanos y lusos: «O monte Abila e o nobre fundamento —de Ceita toda, e o torpe Maometa— deita fora, e segura toda Espanha...» En Malabar son presentados los soldados de Vasco de Gama por el tunecino Moncaide como gente de allá, de España, donde el sol se pone, «gentes beligeras de Espanha» y hasta el mismo Gama se alegra de tropezar con este Moncaide que se expresa en lengua castellana, la que él conocía como la suya propia: «O Capitaio abraça, em cabo ledó, —ouvindo clara a lingua de Castela» (C. VII. Estancia XXIX). Lo más que hace Camoens es designar a Portugal como el finisterre de Hesperia o España: «... da Hesperia última alongada», «... rei de última Hesperia» y «que as suas terras vem da ignota Espanha»; pero considera a los reyes lusos, reyes de Hesperia, como bien consigna al hablar del Alfonso IV, hijo de Dionis y suegro del Alfonso XI el del Salado: «Mas Afonso, do Reino único herdeiro— (Nome en armas ditoso, em nossa Hesperia)». Hasta nuestro Santiago es su Santiago y de ello deja constancia Camoens, cuando Gama relata al rey de Melinde la conquista de esa isla a la que impuso el nombre de Santiago y que hoy ya pertenece a la independiente Guinea Bissau: «Aquella ilha aportámos que tomou—o nome do guerreiro Sant Iago— Santo que a Espanhois tanto ajudou a fazerem nos Mouros bravo estrago». (C. V. Est. IX).

Y por cierto, que el rey de Melinde tributa a Vasco de Gama los máximos honores, para los que el almirante portugués se prepara y adorna con sus mejores galas, a la francesa, pero no pasemos por alto, «vestido o Gama vem ao modi hispano».

Creo que abuso del lector con tan prolijas citas, que prueban que Hesperia, Iberia y España es el denominador común de castellanos, leoneses, aragoneses, catalanes y portugueses.

Camoens cita a Badajoz y no quisiera omitir cuanto de esta ciudad se dice. Nos la presenta aun como un reino moro taifa, que tan profundamente ha diseñado y analizado Manuel Terrón Albarrán en su libro sobre los Aftasidas. En la descripción del cerco de Badajoz refiere Camoens lo sucedido al rey Alfonso Enriquez, el primer rey de Portugal, hijo de Teresa y del borgoñés Enrique, que recibieran del gran y funesto Alfonso VI, el condado de Portucale, el contorno de Oporto, el Miño y Tras Os Montes, condado que ya creara Fernando I el Magno, de Castilla, cediéndolo a su hijo García en 1067. Refiere Camoens en su Canto III, cómo D. Alfonso Enriquez, al huir

por una de las puertas de la ciudad de Badajoz, quebró una pierna, cumpliéndose en él la maldición que le echara su madre Teresa, cuando se la redujera a prisión.

«Cercar vai Badajoz, e logo alcança
o fin de suo desejo...»

«Que estando na cidade que cercara,
cercado nela foi dos lioneses
porque a conquista del lhe tomara,
de Lião sendo, e ñão dos portugueses».

«A pertinacia aquí lhe custa cara
assim como acontece muitas vezes
que en ferro quebra as pernas, indo aceso
a batalha, onde foi vencido e preso.»

Estoy llegando al fin de mi primera motivación: la integración de España y Portugal en Europa, aquella como cabeza, que engloba a los desaparecidos reinos hispanos, y éste, Portugal, como cumbre y coronilla de esa cabeza, cabeza del cuerpo de Europa. Hay, pues en Camoens cierta supeditación de Portugal a España, es decir, se insiste en lo universal del nombre de España y en lo particular, aunque de misión altísima, de Portugal. Leamos las estancias que vienen al caso, tomados del Canto III;

«Eis aquí se descobre a nobre Espanha
como cabeca ali de Europa toda,
en cujo senhorio o gloria estranha
muitas voltas tem dado a fatal roda.»

(Est. XVII).

Y en la XX se concreta esa alta incardinación de Portugal en el conjunto peninsular:

«Eis aquí, cuase cume da cabeça
de Europa toda, o Reino Lusitano,
onde a terra se acaba e o mar começa
e onde Febo repousa no Oceano...»

Toda esta cabeza peninsular, con la cumbre o coronilla lusa, es con la que piensa y sueña

«a soberba Europa, a quen rodeia,
pela parte do Arcturo e do Ocidente

com suas salsas ondas o Oceano
e, pela Austral, o mar Mediterráneo.»

(C. III. Est. VI).

Sobre este ensamblamiento orgánico luso-hispano se ha venido hablando a través de la historia literaria portuguesa y se insiste aún más en ello en las épocas de derrumbamiento de este colosal y cristiano imperio. Así escribe Almeida Garret, insistiendo en lo dicho por Resende en el Siglo de Oro hispano-luso, que «Hispani omnes sumus»: «Somos hispanos e devemos chamar hispanos a quantos habitamos a Península Hispánica». Y Ricardo Jorge: «Chámesse Hispania a Península, hispano ao seu habitante, onde quer que demore, hispano ao que lhe diz respeito». Idea ésta que encontramos rematada en nuestro gran Ramiro de Maeztu: «Todos los pueblos de la Hispanidad fueron gobernados por los mismos monarcas. Desde 1580, año de la anexión de Portugal, hasta 1640, fecha de su separación, y antes y después, por las dos monarquías peninsulares, desde los años de los descubrimientos hasta la separación de los pueblos de América. Todos ellos deben su civilización a España y Portugal.

Síntesis de la primera motivación.

Pero hemos de ser realistas. Se ha sembrado demasiada historia particularista en ambos pueblos hermanos, abusando para ello de los términos *portugueses* y *españoles*, e incluso *hispanos*. De las tres denominaciones que Camoens aplica al conjunto peninsular sólo ha quedado impoluta la de Iberia, aunque los anarquistas de ambas naciones hayan pretendido monopolizar tan geopolítico y característico nombre. Iberia debe arropar a esa Comunidad Permanente que invoca Maeztu, e Iberoamérica a esa pléyade de naciones hijas del solar ibérico. Es lo más propio, lo menos ofensivo y lo más necesitado de purificación. Construir sobre este término de Iberia e Iberoamérica toda una Metapolítica Peninsular es misión y tarea de nuestros comunes pensadores e ideólogos. Luego, que los políticos y tecnócratas de ambos países den a la praxis todo su contenido. El momento es muy oportuno, oportunísimo, antes que influencias extrañas, provengan de donde provengan, llenen las sedientas y necesitadas fauces de Portugal, y que el egocentrismo español tape los ojos de nuestros gobernantes forzándoles a seguir enclaus-trados en eternos Escoriales.

Segunda Motivación: Destino Peninsular.

Hemos agotado a Camoens y su «Os Lusíadas», para terminar en la formulación de una España, Hesperia e Iberia, común a portugueses y españoles. Hemos incluso llegado, en la síntesis, a la necesidad de crear una Metapolítica Peninsular, que pudieran formular los pensadores y realizar los políticos y tecnócratas. Pero, ¿cuál es ésta?. El ideólogo no puede descender de su plano y no tiene otra misión que formularla. Y esa meta política debe ser como una especie de remodulación de lo que ha venido sosteniendo de siempre la Península Ibérica: la occidentalización cristiana.

No hace mucho escribía en ABC de Madrid (2-3 74) Francisco Mendizábal sobre «Escritores portugueses en español» e iniciaba su trabajo con unas inspiradísimas frases, que sintetizan el espíritu de esta occidentalización peninsular». Hay un conjunto étnico religioso, cultural y geográfico que ha sido clave importante en la Historia del mundo. Heredó esencias filosóficas de Grecia, y jurídicas de Roma; recibió sangre goda, acogió auras renacentistas y se constituyó transmisor del don divino a la humanidad: Dios hecho hombre. Y, en concordancia con este último título, y a impulsos de un temperamento genial guiado por el sino, ese conjunto señero que es el ente hispano portugués quiso hacer partícipe de su colosal acervo humano y espiritual a un mundo ígnoto, de Oriente y Occidente, que dejaba de ser ígnoto por obra de los mismos portugueses y españoles».

Ciertamente todos estos extremos los encontramos confirmados en el poema épico que estamos analizando; componentes greco-romanas y góticas en la Europa camoesina, espíritu cristiano y misión occidentalizadora.

Referente a las componentes quedan bien patentes en el Canto III. Habla el poeta de «a soberba Europa, a quem rodeira,—pela parte de Arcturo e de Occidente— com suas salsas ondas o Oceano,— e, pela Austral, o Mar Mediterráneo», sin olvidar de incluir en esa Europa, de la que es cabeza España y Portugal su coronilla, a la Lapia fría, la inculta Noruega, la Escandinavia Ilha, los rutenos, moscos, livonios, polonios, saxones, boemios, manonios, dálmatas, traces, macedonios y, naturalmente, a Grecia e Italia. Pero toda la misión que incumbe a esta Europa, integrada en el Cristianismo, es transferida al pueblo ibérico que, en su acción conquistadora, no obedece más que a Dios:

«A le tengo d' Aquele a cujo imperio
obedece a visibili e invisibili,
aquele que criou todo o Hemisferio,
tudo o que sente e todo o insensibili,
que padeceu desonra e vituperio,
sobrendo morte injusta e insofribil,
e quedo Ceu á Terra en fim desceu
por subir es mortais da Terra ao Ceu».

(C. I. Est. LXV).

En estas palabras de Vasco de Gama al rey de Melinde se expone el fin último y formal de todas las conquistas de los pueblos ibéricos en ultramar: Indias Orientales y Occidentales. Era la coronación de aquella tesis teocrática que había dominado toda la Edad Media en la vieja Cristiandad de Europa, concepción hoy ya desfasada y relevada por las nuevas tesis del Vaticano II. Pero hablamos de historia y literatura, por lo que hay que hacer constar cómo se movían las civilizaciones, siempre la occidental a la busca y captura de la Oriental, para absorberla y transformarla;

«Os portugueses somos de Occidente;
Imos buscando as terras do Oriente.»

(C. I. Est. L)

Y esta adscripción del cristianismo al pueblo lusitano llega hasta constituir una obsesión religiosa, algo así como si los «psicatrónes» ibéricos fueran emanaciones de Cristo y se hubieran concentrado en el místico Rey Sebastián;

«Vós, tenro e novo ramo florescente
de uma árvore, de Cristo mai amada
que nenhuma nascida no Occidente,
Cesárea ou Cristianíssima chamada,
(vede -o - no vosso sscudo, que pretende
vos amostra a vitoria ja pasada,
na qual vos deu por armas e deixou
as que ele para si na Cruz tomou).

(C. I. Est. VII).

Síntesis de la Segunda Motivación.

Hasta aquí, en esta motivación hemos podido ver cómo el objetivo de la acción conquistadora de los portugueses, cual parte de

España, es el de la cristianización del Oriente desconocido, desarraigando de él el ya asentado mahometismo. Pero el poema no sólo predica a Cristo, sino al sincretismo de Cristianismo con civilizaciones griegas y romanas. Era el fruto del Renacimiento que fundía cultura clásica con creencias cristianas.

Era tanto como decir que el cristianismo es sólo espíritu susceptible de ser absorbido por cualquier otra civilización no cristiana. El medio contradecía la pureza integrista de la acción evangelizadora: el medio, en cuanto que predicaba el empleo de las armas. El estudio de «Os Lusíadas» nos lleva a la conclusión de que no es lo mismo cristianización que occidentalización, que el Cristianismo es católico o universal por antonomasia, mientras en Occidente es una cultura influenciada, sí, por la Iglesia, más no identificable con la misma. La Occidentalización, pues, no debe constituir acción misionera, sino acción cultural de una civilización que históricamente ha estado bañada de cristianismo, pero cuyas partes solidas están conformadas de helenismo, romanismo y germanismo. Si profundizáramos más aún en el estudio del poema de Camoens llegaríamos a la conclusión que es uno de los poemas básicos, tal vez el único en su especie, del Occidente europeo, como las Odisea, Iliada y Eneida lo fueron respectivamente de Grecia y Roma. Es más: viene dado por las componentes opuestas de la disgregación helénica de hegemonías, parejas a las nacionalidades europeas, y de la conjunción universalizadora romana, que tuvo sus remedos europeos en los Imperios frustados de Carlo Magno, Carlos V, Napoleón, Prusia, Rusia y ahora Norteamérica.

La síntesis de la segunda motivación pudiera ser esta: «Os Lusíadas» es el testimonio escrito de la obra occidentalizadora de Iberia y, a la vez, de Europa, de una Europa que es un todo en fragmento, incapaz como Grecia de unirse, pero con tensión romana para difundirse. Como Grecia tuvo su «Magna Graecia» y Roma su «Totus Orbis», Europa tiene su Occidentalización, máxima realidad en América. Terminamos siendo los nuevos «graeculi» de la Era Atómica.

Síntesis de Síntesis.

No puedo concluir sin lanzar una mirada al futuro, sin asumir un poco el papel de profeta. Tanto Portugal, como España, cumbre y cabeza respectivas de Europa, deben comportarse jánicamente, con la bifronte mirada de águila bicéfala de nuestra época imperial. Sin perder de vista a la Europa que pertenecemos espiritual y cultu

ralmente, y, por tanto, política y económicamente, hemos de irradiar occidentalización, cristiana y europea sobre ese mundo que por historia y sangre nos es más afín y familiar, sobre el Mundo Ibérico, euroasiático y afroamericano. Sólo este común objetivo de honda raigambre ibérica puede superar y borrar divergencias y complejos psicoétnicos (de superioridad e inferioridad), que corroen y minan la conformación de un auténtico Bloque Ibérico. ¿Cómo?—Dejo abierta la pregunta para que los metaideólogos y metapolíticos peninsulares, de genes universalistas, plasmen las líneas generales de esa Comunidad Permanente ibérica que apuntábamos más arriba.



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincia de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCANTARA» - Cáceres

Tríptico a Guadalupe

I

LA VIRGEN

Envuelta en devoción, envuelta en oro,
a tus pies el sudor de la ceniza,
el corazón por ti se me desliza
y entre silencios de cristales lloro.

Eres del Monasterio su tesoro
y el aire al verte de emoción se riza,
elipse del carbón, que no de tiza,
tu bella estela virginal adoro.

Estructura de amor, adivinanza,
—temblor de luna casi adolescente—
tu sostienes en lucha la esperanza;

tu eres ruta soñada por la gente,
y a tu faz viva, llena de bonanza,
Extremadura en pie besa tu frente.

II

GUADALUPE

Guadalupe, rumor de cobre y viento
al compás cegador de la mirada,
Monasterio, de luz casi nevada
que nubla de color el pensamiento.